

palpitan eternamente, porque su autor entendió la Naturaleza determinante a la manera que entienden las tierras las semillas que la vivifican, y floreció en sus unidades artísticas correspondientes ciertas realidades totalmente independientes como se puede ver. Evidentemente, que todo paisaje, como los de Constable, tienen en principio algo de documento. Pero no es eso lo que más nos interesa al contemplarnos. Cuando nosotros nos instalamos en los dos paisajes a que nos referimos, no recordamos los lugares a que se deben, sino que los vivimos intelectualmente como al más pleno lugar. Quiere esto decir que la siembra humana realizada por el artista en los lugares preeminentes fué total, absoluta, plena como las limpias entregas. Y que por tanto, bien sembrado John Constable en aquellas tierra que los ingleses en muchas ocasiones llaman con su nombre, produjo unidades independientes, absolutas, artísticas, en las que a la magnífica condición expresiva se unen los valores eternos de un arte mayor.

El mal paisajista no es otra cosa que un falso intermediario entre la realidad contemplada y nosotros. El paisajista como Constable nos comunica la esencia viva de sus paisajes naturales, a fuerza de sumirnos en el ritmo personalísimo de su particular creación. Al situarnos frente a estas dos obras capitales, la temperatura de la unidad artística se apodera por igual de nosotros. Y entonces, sumergidos —porque esa es la palabra— en un clima creador, apasionado y riquísimo, no son los valores naturales los que se nos evidencian directamente, sino el jugo, la verdad, la raíz de los mismos, en la pom-

pa grandiosa de una creación desarrollada con lógica ejemplar. El mundo resuena en el mundo de Constable, en sus límites y virtudes, actuando como de savia. Pues savia grandiosa, cósmica, natural y viva tienen estas unidades, que a la hora de la confidencia, y teniéndonos sometidos a su particular temperatura, trenzan su verdad y la verdad real.

Esto, esto es lo que más impresiona en Constable. Las formas siempre tienen una doble cara una doble riqueza, cautivándonos con gran eficacia y con coraje arrollador. Esta duplicidad de valores multiplica las sensaciones, y en este sentido sí que Constable resulta agobiante. Porque nos ahina. A pesar de la finura y la delicadeza de su toque, hace siempre que éste se acerque a nosotros, cargadísimo de intensidad. Ahora bien; no estamos —como han dicho en ocasiones sus detractores— ante un hombre de escasa esencia y alfabeto expresivo grandilocuente sino ante el artista que supuso demasiado en el desarrollo de la artes nuevas, porque a su repertorio expresivo —cosa que en tantas ocasiones del arte nuevo no ocurrió— lo sobrecargaba de confidencias, de conquistas, de esencialismo y de verdad.

El artista negativo transmite al hombre un poco de lo que entiende. En los paisajes de Constable la comprensión de la Naturaleza es tan absoluta; la siembra de su corazón es tan plena, que lo que nos entrega son dobles formas imbuídas de verdad y sentido artístico, colmadas y rendidas como los almendros florecidos de fruto esencial.